

terias de acuerdo con su albedrío y no de acuerdo con ningún método que supuestamente lleve a la revelación de la verdad objetiva. Aunque efectivamente se describen objetos y personajes en la medida necesaria para comunicar cómo son, los pasajes descriptivos son, al mismo tiempo, declaración a favor del realismo epistemológico cervantino.

Las contribuciones de Clío, musa de la historia, tampoco sirven para asegurar la veracidad de lo relatado. En un pasaje acerca del temperamento de Polo el narrador trata a Clío con poco respeto: «También dice la chismosa Clío...» (C., I, 50) y sugiere que su aportación es inútil para conocer la rutina diaria de Polo: «Dice Clío, entre otras de menos importancia, que don Pedro Polo se levantaba al amanecer...» (C., I, 53). En lo que se relaciona a la genealogía y la cuestión del parentesco de los Polo y Cortés de Medellín con el conquistador de México resulta Clío del todo ignorante: «Dice Clío que no sabe jota de esto. Doña Claudia, madre de nuestro extremeño, sostenía que sí; mas para probarlo se vale de sentimientos antes que de razones» (C., I, 47). Aunque la participación de la musa podría obrar efecto parecido al de las referencias a documentos hallados en los archivos manchegos o al manuscrito de Cide Hamete Benengeli, borrando fronteras entre historia y ficción, y así fundiendo ficción con realidad, el narrador galdosiano prefiere sugerir que los chismes vulgares son fuente de los datos igualmente vulgares que constituyen el andamiaje de su historia. Sin embargo, la reminiscencia de la técnica cervantina pone de manifiesto la intención del narrador, sustituyendo una documentación más fidedigna por otra que todos saben completamente falsa. Citando y desprestigiando a Clío, se logra, paradójicamente, que el narrador y el lector participen en el secreto de que aquél obra para que éste crea lo que ambos saben falso, pero que debiera ser verdadero.

Otro ejemplo de arbitrariedad se encuentra en la aplicación de la teoría de los humores en el análisis del temperamento de Polo. Cuando, por primera vez, se comenta el carácter de Polo de acuerdo con tales conceptos, parecen tomarse en serio estas ciencias: «Bastaba mirarle una vez para ver cómo a la superficie de aquella constitución sanguínea salía la conciencia fisiológica, el yo animal...» (C., I, 28). Pero al volver a abordar el tema se pone en tela de juicio la cuestión de la eficacia de tal ciencia: «Sobre esto de los temperamentos hay mucho que hablar, por lo cual mejor será no decir nada. Quédese para otros el fundar en el predominio de la acción del hígado el genio violentísimo de nuestro capellán, y en el desarrollo de su sistema vascular la superioridad de las funciones de nutrición...» (C., I, 50). Aunque el narrador se ha mostrado capaz de manejar conceptos y vocabulario científicos, el lector queda sin saber si debe interpretar las

dudas del narrador como indicio de la falta de utilidad y valor de semejantes métodos y datos para llegar a la verdad.

En el manejo de fechas se alterna entre un esfuerzo por garantizar la verdad con datos exactos y una opuesta tendencia a problematizar el acto de discernir la verdad cuando al narrador se le antoja. En el capítulo primero el narrador dice que «Cienfuegos llevaba en la mano el número de la edición pequeña de *La Iberia* (fijarse bien en la fecha, que era por febrero de 1863)...» (C., I, 14); pero pocas páginas antes nos había dicho con mayor exactitud lo que había hecho Felipe pocas horas antes: «A 10 de febrero de 1863, entre diez y once de la mañana...» (C., I, 10). En cambio, en otro momento todo se reduce a jugar con el lector:

...pues lo que nos importa ahora es hablar de la solemnisima fiesta que celebraron las monjas, no se sabe si el 15 de agosto o el 8 de septiembre, por haber cierta oscuridad en los documentos que de esto tratan. Mas como la fecha no es cosa esencial, y ambas festividades de la Virgen son igualmente grandes, queda libre este punto para que cada cual lo interprete o aplique a su gusto (C., I, 110).

Pero si no importa, resulta incomprensible la razón por la cual, más adelante, al tratar de lo que pasa «el 19 de septiembre de aquel año» (C., I, 149), el narrador nos facilite los datos para averiguar con exactitud lo que no se sabe: «Quince días habían transcurrido desde que el buen Doctor dejó con mala ventura la casa de don Pedro Polo» (C., I, 161). Como sabemos que esta expulsión se verificó después de la festividad, resulta obvio que se trata de la Asunción, el 15 de agosto.

Tanta ambigüedad, sin embargo, debe convencer al lector de que antes que nada *El doctor Centeno* es obra literaria y no historia y, también, que el narrador no se fía ni de los modos tradicionales ni de las nuevas ciencias al tratar de explicarse por qué y cómo pasa lo que pasa. Hasta cuando se trata de la causa de la conducta de Alejandro Miquis sólo el que haya leído la novela entera puede decidir por sí mismo que la conducta delirante de Miquis tal vez se deba exclusivamente al progreso de una tuberculosis fatal. Sin embargo, tal lector no podrá descartar u olvidar que también esta misma conducta hubiera podido ser consecuencia de la locura hereditaria que aflige a su tía, o de la neurosis (C., II, 38), o ser repultado de la conducta disoluta que emprendió con el dinero que le dio su tía. La ambigüedad narrativa refleja el escepticismo del narrador con respecto a lo que se puede saber, cómo se puede saber y lo que se debe relatar. Por consiguiente, se abren las puertas a múltiples modos de ver y comprender lo que pasa en la novela, incluso a perspectivas que más bien rebasan las fronteras de lo que normalmente se considera lo racional y lo ortodoxo.

II

La indumentaria de Felipe en la primera escena, «coturno sin suela», «calzón a la borgoña», y «morrión o cimera sin forma» (C., I, 9) prefigura (1) la naturaleza sintética de la novela derivada de la tragedia, la picaresca y las tradiciones lírico-poéticas de la Edad Media y el Renacimiento y (2) la curiosa mezcla de tiempos, con su contenido mítico-histórico, que viven los personajes. Esta mezcla de tiempos y mitos nos facilita una clave al sentido de la acción, permitiendo que, dentro de una estructura de episodios en los cuales Felipe y sus amos comparten «experiencias picarescas», se va revelando que en lo contemporáneo intervienen fuerzas espirituales de otros tiempos y de mitologías desaparecidas.

La celebración del día del santo de la esposa de don Florencio, el 11 de febrero, inspira la siguiente observación de Miquis: «Por el nombre de su señora de usted, parece que es esposa de un astro» (C., I, 36-37), es decir, el nombre cristiano sugiere la mitología pagana y la astronomía. Algo parecido pasa en el caso de Felipe. Mientras espera a que le den de comer, se identifica con el Cristo crucificado que ve en una estampa. Pero cuando Amparo Sánchez Emperador consigue que se le traiga de comer, el Cristo parece «más bien el Señor Redentor que volaba hacia el cielo, rodeado de gloria» (C., I, 31). Este efecto se logra no tomando Felipe de la sangre y carne de Cristo sino de la comida ofrecida: «Pues aquellas tajadas parecían pedazos desprendidos de la bienaventuranza eterna. Sin duda, eran de la misma carne de las mejillas de la niña bonita...» (C., I, 32). De esta manera, en la festividad de la santa se confunden alusiones a la mitología pagana con otras a la cristiana, y el pobre menesteroso hace de Amparo una divinidad femenina. Al mismo tiempo se refiere a esta «diosa» con un término despectivo («la Tal») alusivo al daño que sufrirá el sacerdote Polo por enamorarse de ella⁶. Si por su pelo hermoso merece ser ella de la «constelación del León junto con la caballera de Berenice» (C., I, 47), el capítulo siguiente revela en qué medida es ella la manifestación de la Diosa Madre, destructora del León de (la calle de) San Marcos (Polo) y de los suyos.

Los errores de Felipe, criado y estudiante de Polo, continúan subrayando una tendencia hacia lo que podría denominarse sincretismo mitológico. En un «desliz bíblico-mitológico» achaca a «Nabucodonosor excesos y desmanes del señor Júpiter» (C., I, 78); y en doctrina cristiana por poco hace resumen del tema moral y religioso del capítulo cuando dice que la gracia «es un ser divino que nos hace esclavos del demonio...» (C., I, 78). Estos y otros errores sirven para «probar» que Felipe es incapaz de aprender, que merece que le ridiculicen sus condiscípulos y que Polo le ponga mitra

⁶ Es posible que el apellido de Polo tenga sus orígenes en El libro de buen amor, estrofa 1331, en la que Trotaconventos emplea el apodo «don Polo» al dirigirse al Arcipreste: «Vino a mí rreyendo, diz "Omíllome, don Polo! Fe aquí, buen amor, qual buen amiga buscólo"». Cejador da la siguiente aclaración: «Don Polo llama la vieja al clérigo enamorado, en torno del cual ella anda sirviendo, y al cual mira como los navegantes a la estrella polar» (Arcipreste de Hita, El libro de buen amor, 2 tomos, ed. de Julio Cejador y Frauca, Madrid: Espasa Calpe, 1954, II, pág. 176). También, debe notarse que este episodio comienza el día de la festividad de San Marcos: «Día era de Sant Marcos, fue fiesta señalada...» (Estrofa 1321). Galdós emplea referencias a este santo en la simbología desarrollada alrededor de su Polo.